

Las SALT: segundo «round»

El 17 de noviembre de 1969 comenzaron en Helsinki las SALT («strategic arms limitation talks», conversaciones sobre limitación de armas estratégicas); turnándose entre Helsinki y Viena, los negociadores de la URSS y los Estados Unidos consiguieron unos importantes acuerdos, cuya firma se reservó deliberadamente para una ocasión solemne: la visita del Presidente Nixon a Moscú el pasado mes de mayo. Las SALT se acaban de reanudar ahora, en Ginebra, en busca de nuevos acuerdos que limiten el poderío nuclear de los grandes. Son, quizá deliberadamente, simultáneas a las de seguridad y cooperación en Europa, y continuarán cuando se inicien las propuestas para la reducción mutua y equilibrada de fuerzas en Europa (véanse páginas 17 a 19). En algunos momentos, las tres van a coincidir. Las SALT pueden ser tan largas en esta segunda sesión como en la primera.

La filosofía que inspiró esta negociación, que es hasta ahora la más fructífera de la esbozada era de la coexistencia, fue la de que la mayor acumulación de armas, por parte de un país, no proporcionaba a éste mayor seguridad, sino al contrario. Se invertía así una doctrina militar y política clásica, quizá milenaria. Cada uno de los dos países había llegado a la conclusión de que la guerra se había hecho imposible por la capacidad mutua de destrucción: no habría vencedores ni vencidos, sino que todos serían vencidos. Se había llegado al «equilibrio del terror». Pero la fabricación y el invento de armas nuevas ponía continuamente en cuestión este equilibrio. Sobre todo, en la cuestión de las armas llamadas «defensivas»: si un país conseguía poner a punto algún sistema para contener la posible ofensiva del otro (como en los misiles antimisiles, o ABM), este otro perdía «su capacidad de disuasión». Por consiguiente, podría verse forzado a iniciar una guerra antes de que el enemigo tuviese suficiente capacidad defensiva como para considerarse invulnerable y tuviera entonces la tentación de lanzar una guerra. Se llegó a la conclusión de que debía preservarse el «equilibrio del terror», buscando un término más adecuado para ello, más académico, menos truculento: se encontró el de «suficiencia estratégica». Esto es, la posesión por cada país solamente de las armas nucleares suficientes para destruir al otro en caso de ser necesaria la respuesta. Importantes cuestiones económicas se añadían a las militares: en la carrera de armamentos, los dos países podrían arruinarse construyendo armas sin necesidad de llegar jamás a emplearlas.

Los dos acuerdos de las SALT, firmados por Nixon en Moscú, iban en ese sentido. Uno de ellos conlleva a las armas defensivas: cada uno de ellos no podrá tener más de cien ABM en torno a la capital del país, y otros cien protegiendo una base de misiles intercontinentales (con el fin de asegurarse la posibilidad de respuesta). Es un acuerdo por tiempo indefinido. El otro, por cinco años de duración, con un protocolo adicional, determina el número máximo de proyectiles intercontinentales de carácter ofensivo. La construcción de nuevos misiles quedaba bloqueada desde ese momento. La

importante cuestión de misiles a bordo de submarinos (que por su movilidad y difícil localización son especialmente peligrosos) se dosificaba así: los Estados Unidos no tendrían más de 44 submarinos dotados de proyectiles, y estos proyectiles no serían superiores a 710, y la Unión Soviética tendría 66 submarinos con 950 proyectiles (dosificación estudiada para equilibrar otras ventajas de Estados Unidos).

Quedaban pendientes cuestiones muy importantes. Por ejemplo, la cuestión de las armas nucleares basadas en Europa por los Estados Unidos, por los acuerdos con la OTAN o por acuerdos bilaterales. Los Estados Unidos no han querido tratar este tema, porque concierne a sus aliados: la simultaneidad de esta reunión de las SALT con las otras conferencias de seguridad europea puede hacer pensar que lleguen a tratarse más adelante. Está también la de algunas armas nuevas, como los MIRV («multiple Independent re-entry vehicles»), que, por caer desde la estratosfera, son difíciles de detectar por medio de los radares, y poseen cabezas nucleares independientes que se dirigen cada una de ellas a un objetivo distinto, y los SS soviéticos, misiles gigantes de enorme potencia destructiva. Están sin tratar los problemas de la aviación de bombardeo, tanto la base en tierra como la de portaaviones, y también la cuestión de los misiles de alcance medio. Son estos los temas que van a ser discutidos en la nueva reunión de las SALT, que acaba de comenzar en Ginebra. Es muy probable también que se considere, aunque sin llegar al fondo, la cuestión de las armas nuevas. Algunos críticos militares temen que mientras se continúe experimentando se habrá disfrazado la cuestión: aunque no se rebase el número de armas profijado éstas tendrán cada vez más potencia ofensiva, y si una de las dos naciones llega a superar a la otra en la perfección de sus misiles, el equilibrio del terror se habría roto de todas maneras.

Hay otras reservas con respecto a las SALT. Los viejos militares de los dos países no están de acuerdo con los nuevos, y siguen sosteniendo que nada da más seguridad a un país que la posesión del mayor número posible de armas. Este grupo abunda sobre todo en los Estados Unidos, donde hay una noción de que ese país es superior en capacidad de fabricación y de ingenio, y renunciar a esa capacidad es una concesión sin sentido. También estiman que siendo los Estados Unidos infinitamente más ricos que la Unión Soviética, la posible ruina por proseguir la carrera alcanzaría mucho antes a la URSS. La Unión Soviética —dicen— no puede atender al mismo tiempo a la elevación del nivel de vida que reclama su pueblo y al gasto de armamentos; y los Estados Unidos, sí. Por tanto, sería conveniente dejar que la URSS se estrellase contra su propia contradicción. Para estas opiniones pesa mucho la cuestión industrial: la industria de armamentos es un inmenso negocio en los Estados Unidos, y alguna forma de contención o bloqueo de su producción podría suponer pérdidas de beneficios muy importantes.

■ J. A.

Si juzgásemos estos puntos por sí mismos, nos parecería que la paz es ahora muy lejana. No parece que sea la última realidad. No parece que ninguno de ellos se haya presentado como ultimátum, sino como bases de discusión. «Se está negociando ahora muy seriamente», ha dicho el secretario de prensa de la Casa Blanca, al anunciar la interrupción de la conversación hasta el 4 de diciembre. Es decir, por una y otra parte se está tratando de sacar el máximo jugo a la negociación, sobre todo con respecto a sus aliados. La determinación de una fecha fija para la nueva cita supone igualmente una considerable esperanza. Pero también ha dicho el portavoz de Nixon que Estados Unidos «no firmarán ningún acuerdo hasta que dicho acuerdo no sea correcto». Lo que pueda considerarse o no correcto, desde ese punto de vista, está sin definir.

ESTAN dispuestos los vietnamitas a hacer nuevas concesiones? Los informes que se filtran —o que se dejan filtrar— en París es que hay una línea de hierro en estas negociaciones de la que no retrocederán nunca, y que supone para ellos la interpretación de lo «correcto»: la evicción de Thieu del poder, el mantenimiento de las tropas vietnamitas en su nivel actual (es decir, la no retirada de los soldados del Norte), la libertad para todos los prisioneros políticos de Vietnam y la presencia de neutralistas en el Consejo tripartito que debe gobernar el país durante el período transitorio.

NO parece que a Nixon le vaya a ser fácil ahora cumplir su promesa de tener en sus manos el alto el fuego antes de Navidad —con objeto de que los prisioneros de guerra y una parte de los soldados que quedan en Vietnam estuvieran en sus casas en una fecha tan cargada de simbología familiar—, pero no debe excluirse de lo posible. La impresión general parece seguir siendo la de que el movimiento de paz es ya irreversible, por lo menos en lo que a Estados Unidos se refiere y, al mismo tiempo, a la presión que China y la URSS, interesadas en una partida política mayor, puedan presionar sobre sus aliados de Hanoi. Los retrasos, los saltos atrás en las negociaciones, las rupturas, son perfectamente típicos en estas situaciones: se puede recordar cómo



Mientras la paz se negocia entre consultas finales, retrocesos y afirmaciones de acuerdo, estos campesinos sudvietnamitas contemplan impotentes el bombardeo de su poblado a base de aviones «Skyrider A-1» de las fuerzas americanas que intentan acabar con la resistencia del Vietcong, infiltrado en esa zona.

sucedió el alto el fuego en Corea, en la guerra francesa de Indochina y, más recientemente, en las interminables y desesperantes negociaciones de franceses y argelinos. La guerra de Vietnam, la paz de Vietnam, no parece que vayan a escapar de estas características generales. Pero hay que comprender que su carácter es anacrónico en el mundo que se está tratando de hacer y que las grandes partes que intervienen en esa confección del mundo pueden llegar a desdiseñar los pequeños papeles. Y hay que comprender también que para la política interior de los Estados Unidos y para la etapa de reconstrucción de la sociedad nacional que pretende presidir Nixon en sus últimos cuatro años presidenciales el levantamiento de la hipoteca vietnamita es absolutamente imprescindible. Otra cosa es la justicia o injusticia de la solución final, incluso la justicia o la injusticia general del mundo que se trata de construir ahora. Todo ello resulta un tema ajeno a la negociación final sobre Vietnam.